

A stylized four-pointed star with long, thin rays extending downwards towards the title.

Noticias de gran gozo

• 25 REFLEXIONES PARA CELEBRAR EL ADVIENTO •



EDITADO POR
JOSUÉ BARRIOS

Noticias de gran gozo:

25 reflexiones para celebrar el Adviento.

© 2021 Coalición por el Evangelio

Director Editorial: José «Pepe» Mendoza

Diseño de portada e interior: Jacob Mejicanos

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de Coalición por el Evangelio. Escanear, subir, distribuir o vender este libro por Internet o por cualquier otro medio impreso o digital es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Coalición por el Evangelio

coalicion@thegospelcoalition.org

www.coalicionporelevangelio.org

CONTENIDO

Prefacio	I
----------------	---

Introducción:

¿Por qué celebramos el Adviento?.....	III
---------------------------------------	-----

1.	Aplastador de serpientes	1
2.	Preparando nuestro corazón	3
3.	Hijos de Dios	5
4.	Asombro ante el que descendió	7
5.	Mejor que Moisés	9
6.	Para que andemos en el Espíritu	11
7.	Un niño como ningún otro	13
8.	La Trinidad en la llegada del Rey	15
9.	Conociendo a Dios	17
10.	Advertencias y bienaventuranzas	19
11.	El Hijo obediente	21
12.	Dios no está callado	23
13.	El retoño que trae justicia	25
14.	Cómo responder a la Navidad	27
15.	La exaltación de los humildes	29
16.	Sacerdote para siempre	31
17.	Libertad en Jesús	33
18.	«He venido para cumplir»	35
19.	El fin de la separación	37
20.	Siervo para su gloria	39
21.	En el tiempo perfecto	41
22.	Adorado por gentiles	43
23.	Cántico celestial	45
24.	Vida en abundancia	47
25.	Amando su venida	49

Índice de autores	51
-------------------------	----

PREFACIO

El relato del nacimiento de Jesús va acompañado de tres viajes de diferentes longitudes. El primero es un viaje relativamente corto de Galilea a Judea. José y María, a punto de dar a luz, viajan a Belén para participar del censo ordenado por César Augusto. El segundo viaje es desde el campo a Belén. Los pastores han recibido la visión celestial del anuncio del nacimiento del Mesías y van a su encuentro. El tercer viaje es el más largo porque va desde el oriente distante a Jerusalén, y desde allí a Belén. Los sabios hicieron un larguísimo viaje para adorar al Rey recién nacido.

Aunque solo hay registros del origen y destino de estos viajes, si puedo imaginar que los tres incluyeron tiempos de mucha meditación para sus protagonistas. María sabía que el bebé en su vientre era el «Hijo del Altísimo» y José sabía que ese niño que estaba por nacer «salvará a Su pueblo de sus pecados» (Lc 1:32; Mt 1:21). De seguro había mucho que reflexionar entre la joven pareja. Imagino a los pastores conversando exaltados mientras se acercan a Belén y recuerdan las palabras del ángel diciéndoles: «ha nacido hoy, en la ciudad, un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lc 2:11). Finalmente, los sabios también tuvieron muchos días y noches para meditar en ese rey enigmático que acababa de nacer y a quien adorarían con inmensa alegría (Mt 2:10-11).

En Coalición por el Evangelio queremos invitarte a compartir con nosotros un viaje de veinticinco días de reflexión que nos lleve a través de algunos de los pasajes bíblicos más significativos sobre el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y lo que Él vino para realizar. Recomendamos que puedas empezar la lectura el primer día de diciembre para terminar el día veinticinco del mes. No será un viaje por desiertos y montañas, pero sí será una travesía espiritual que incluirá pasar tiempos diarios de meditación y oración que preparen nuestro corazón para celebrar el nacimiento del Mesías con un gozo renovado y mayor gratitud en nuestro corazón.

Te invitamos a no viajar solo. Reúne a tu familia o hermanos y hermanas en Cristo para compartir estas reflexiones y dispongan sus mentes y corazones como Asaf:

«Me acordaré de las obras del SEÑOR;
Ciertamente me acordaré de Tus maravillas antiguas.
Meditaré en toda Tu obra,
Y reflexionaré en Tus hechos»
(Salmo 77:11-12).

José «Pepe» Mendoza
Director Editorial de Coalición por el Evangelio

¿POR QUÉ CELEBRAMOS EL ADVIENTO?

La palabra «Adviento» no es una con la que crecí en la iglesia evangélica. Cuando la conocí, me sonó como algo que más bien creía la Iglesia católica romana. Luego me llevé una sorpresa al aprender que, a lo largo de la historia del cristianismo, el Adviento es visto como uno de los momentos más especiales en todo el año, solo comparable en importancia a la conmemoración de lo que Jesús hizo en la Semana Santa.

¿Por qué es tan especial el Adviento? La palabra viene del latín *adventus Redemptoris*, que significa «venida del Redentor». Eso es exactamente lo que se busca celebrar y recordar en este tiempo. Siempre ha sido visto por los creyentes como una temporada especial para meditar en el misterio de la encarnación de Jesús y gozarnos en lo que significa, y así preparar nuestros corazones para gozarnos más en Dios.¹

Esta realidad, que el Hijo de Dios se hizo hombre para redimirnos y darnos vida eterna junto a Él, lo cambia todo. Nos muestra hasta qué punto el Dios infinito en gloria fue capaz de descender por nosotros para luego elevarnos junto a Él. Nos muestra que el regalo más grande que Dios decidió darnos, cuando más bien merecemos el castigo eterno por nuestros pecados, es Él mismo.

El Adviento es una época para recordar el amor de Dios, un amor que corazones distraídos como los nuestros tienden a olvidar con facilidad. Este es un amor que nos llena de consuelo, paz y esperanza cuando hemos fallado o cuando estamos en medio del dolor. Un amor que también nos lleva a darle toda la gloria a Dios en nuestros momentos de alegría, y a compartir de su gracia con un mundo que la necesita desesperadamente.

Todo esto está en el corazón del evangelio. Por eso los grandes líderes de la Reforma protestante del siglo XVI promovieron la celebración del Adviento con fervor. Si la salvación es por gracia sola, por medio de la fe sola, y por medio de Cristo solo, entonces tenemos el mayor de los motivos para gozarnos en Dios en respuesta a su salvación.

Así que el Adviento es un tiempo para buscar conocer más profundamente a Jesús a la luz de su encarnación, mientras también nos identificamos con las personas que en tiempos del Antiguo Testamento aguardaban la llegada del Mesías prometido, tratando de ponernos en sus zapatos mientras esperamos que llegue el día de celebración de la Navidad. Sin embargo, no somos llamados a mirar únicamente al pasado, sino también al futuro, preparándonos para aquel día en que veremos al Señor regresar para consumir su reinado.

Oramos que las siguientes meditaciones te ayuden a crecer más en tu amor por Dios y desear con más fervor el segundo adviento del Rey que nos redimió por su gracia.

Josué Barrios
Editor General

¹ Las fechas del tiempo de la celebración del Adviento son diferentes en varias tradiciones del cristianismo, dependiendo también del año en que se conmemora. Para que este recurso devocional pueda servirte todos los años, lo hemos planificado como un devocional de veinticinco días

APLASTADOR DE SERPIENTES

«Pondré enemistad
Entre tú y la mujer,
Y entre tu simiente y su simiente;
Él te herirá en la cabeza,
Y tú lo herirás en el talón» (Génesis 3:15).

Los conflictos a nuestro alrededor tienden a distraernos del mayor problema de nuestro planeta: debido a nuestra rebelión contra Dios, ahora Satanás está ejerciendo su dominio (Ef 2:1-2). Él es un dragón furioso que respira muerte contra los escogidos de Dios (Ap 12:12-13). Pero sus días están contados.

Las palabras citadas arriba y que encontramos en Génesis son una promesa que nos hizo el Creador al comienzo de la historia. Muchos siglos después, un grupo de judíos oyeron estas palabras de Jesús, que apuntan al cumplimiento de esa promesa: «Ya está aquí el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12:31).

Cristo prevaleció sobre Satanás en el desierto. Allí obedeció al Padre y venció la tentación, comenzando a dismantelar el reino de las tinieblas (Mt 4:1-11). En los próximos años, Él trajo sanidad a los oprimidos y un evangelio que redimía a los cautivos (Hch 10:37-38). Pero el golpe letal contra la serpiente llegó con la «herida en el talón» de la simiente prometida.

El asesinato de Jesús parecía una victoria para las tinieblas, ipero solo cumplió el plan eterno de redención (Hch 3:17-18)! La muerte de Jesús quita nuestros pecados ante Dios y anula toda acusación de la serpiente contra nosotros. Reconciliados con Dios, fuimos rescatados del adversario y acercados al reino de Jesucristo (Col 1:13-14; 2:13-15).

Ahora aguardamos al regreso de Jesús, quien triturrará la cabeza de Satanás para siempre. La serpiente será arrojada a un lago de fuego y los escogidos por Dios heredaremos el paraíso (Ro 16:19-20; Ap 19-22). Mientras tanto, el evangelio nos asegura que nada ni nadie —ni siquiera Satanás— podrá separarnos del amor de Dios (Ro 8:38-39). Su obra nos hace más que vencedores y solo es cuestión de tiempo para que nuestra esperanza sea consumada.

Hasta entonces, ¿cómo puedes demostrar tu confianza en Aquel que derrotó a tu más poderoso adversario?

PREPARANDO NUESTRO CORAZÓN

«Él irá delante del Señor en el espíritu y poder de Elías PARA HACER VOLVER LOS CORAZONES DE LOS PADRES A LOS HIJOS, y a los desobedientes a la actitud de los justos, a fin de preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto» (Lucas 1:17).

Las figuras de Elías y Juan el Bautista tienen elementos atractivos que nos hacen valorar sus ministerios. Fueron hombres entregados a la predicación, llamando a las personas a arrepentirse y volver a Dios. Vestidos de forma ruda, pero con una conducta intachable que hasta sus propios enemigos reconocen. Jesús mismo elogió a Juan y confirmó que este era «Elías, el que había de venir» (Mt 11:7-15).

Pero aunque la vida y ejemplo de Juan debe alentarnos, más debe admirarnos el trabajo de Dios por medio de él. Hasta el mismo Juan estaría feliz de menguar su protagonismo y dejar paso para que Jesús tome el centro de la escena. Pensar en el ministerio de Juan debe hacernos reflexionar en el Espíritu que obraba en su ministerio y nuestro llamado a prepararnos para ser un pueblo siempre dispuesto a adorar al Señor.

Fue el Espíritu Santo quien anunció por medio de los profetas sobre Cristo, sus padecimientos y su redención (1 P 1:12). Fue el Espíritu quien despertó nuestro corazón endurecido para que podamos ser sensibles a la belleza de Jesús. De una manera que apenas logramos entender, nos dio vida y nos llevó al encuentro de Cristo (Jn 3:5-7).

El Espíritu Santo hace esta obra diaria a través de la Palabra revelada, iluminando nuestros corazones para que podamos ver a Cristo (2 Co 3:18). ¡Cuánto más en esta época tan especial debemos fijar nuestros ojos en Jesús, el motivo y centro de la Navidad! Por lo tanto, roguemos al Espíritu que prepare nuestros corazones, que lave nuestras mentes por medio de la Palabra, que ilumine nuestro entendimiento y ablande nuestras durezas (Ez 36:25).

A medida que se acerca la fecha, busquemos a Cristo en las Escrituras, sabiendo que por ellas trabaja el Espíritu Santo. Procuremos que nuestros corazones sean capturados por la belleza del evangelio, por el amor de Dios desplegado en la cruz y la importancia de la encarnación en este plan de redención. Que el mismo Espíritu que anunciaba a Cristo por los profetas y que reveló a Cristo en las Escrituras, ilumine nuestros corazones con Cristo y así estemos preparados para celebrar su primera venida y esperar su segunda.

HIJOS DE DIOS

«Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no lo conoció. A lo Suyo vino, y los Suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en Su nombre» (Juan 1:10-12).

El Creador caminó entre su creación. El Sustentador de todas las cosas fue sostenido en los brazos de una mujer que Él mismo formó. El Rey de todo se despojó de todo. El que amó al mundo fue rechazado por el mundo. El que conoce los detalles más íntimos del corazón de cada ser humano fue tratado como un desconocido.

Nada de esto fue un estorbo para cumplir su plan ni alteró su misión. Lo hizo porque quiso. Jesús ensució sus pies con el polvo que llena la tierra, aunque podría juntarlo todo con tres dedos (Is 40:12, RV60); Jesús permaneció callado ante las autoridades que lo acusaban, aunque Él «reduce a la nada a los gobernantes» (Is 40:23).

La humildad, la vulnerabilidad, el rechazo y el desconocimiento no fueron impuestos sobre nuestro Salvador. El Señor se hizo siervo porque se deleitó en mostrar su gran amor, aunque ninguno de nosotros lo merecíamos.

El Creador tocó a los que eran considerados intocables y los sanó, restaurando el orden que el pecado robó a la creación. El sustentador fue afligido hasta la muerte,

experimentando en carne propia la debilidad y el sufrimiento como nuestro sumo sacerdote. El Rey se puso de rodillas y lavó los pies de quienes lo traicionarían. El que amó al mundo, lo escuchó gritar «¡crucifícalo!» (Lc 23:21). El que nos conoce desde la eternidad, el que mira las profundidades más oscuras de nuestros corazones pecaminosos, fue a la cruz y dijo «consumado es» para pagar por nuestra maldad (Jn 19:30).

¿Habrá un amor mayor que este?

El sacrificio del Hijo es lo que hoy nos permite ser llamados hijos. La vida perfecta, muerte sacrificial y resurrección victoriosa de Cristo nos ha dado el derecho de correr hacia Dios y ser abrazados por el Padre. No se trata de lo bien que nos portamos o lo mucho que nos esforzamos. Se trata de quien Jesús es y lo que Él ha hecho a nuestro favor.

Hoy podemos caminar como lo que Cristo nos dio el derecho de llegar a ser. Deja de huir y mirar tu insuficiencia. Contempla la suficiencia del Creador y Sustentador; contempla la suficiencia del Rey que te conoce y te ama.

ASOMBRO ANTE EL QUE DESCENDIÓ

«Cuando veo Tus cielos, obra de Tus dedos,
La luna y las estrellas que Tú has establecido,
Digo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
Y el hijo del hombre para que lo cuides?
¡Sin embargo, lo has hecho un poco menor que los ángeles,
Y lo coronas de gloria y majestad!
Tú le haces señorear sobre las obras de Tus manos;
Todo lo has puesto bajo sus pies» (Salmo 8:3-6).

Toda persona es asombrada de manera especial por ciertas cosas. Algunos se asombran, en primer lugar, por la última película de Marvel; otros se asombran por la situación económica difícil de sus países, o por el nuevo vehículo de una marca prestigiosa o lo majestuosa que puede resultar la vista de una montaña.

Vale la pena preguntarnos: ¿Cuáles son las cosas que más nos asombran? ¿Qué es aquello que más nos impacta y cautiva nuestros pensamientos y hasta nuestra imaginación? Nuestra respuesta puede revelar qué es lo que más moldea a nuestro corazón y cuál es el estado de nuestra alma. A fin de cuentas, si no nos asombran primero las cosas que deben asombrarnos en primer lugar, eso indica que hay algo en nosotros que no está bien.

En este salmo, vemos a David estallar en asombro ante el hecho de que el hombre, siendo menor que los ángeles

y una parte muy pequeña de la creación en comparación a los cielos, ha sido dotado de una dignidad única en la creación. Dios nos cuida y piensa en nosotros, siendo Él tan infinito y santo, siendo nosotros tan pequeños y pecadores.

Pero en este salmo hay más de lo que parece a primera vista. Siglos después de que se escribió, el autor de Hebreos cita este pasaje para hablarnos del descenso de Jesús para nuestra redención y su posterior ascenso a la gloria que siempre tuvo y tendrá (Heb 2:6-8). El Salmo 8 tiene en Jesús su verdadero y mayor cumplimiento. Él es «Aquel que fue hecho un poco inferior a los ángeles, es decir, a Jesús, coronado de gloria y honor a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios probara la muerte por todos» (v. 9).

Aquel que sostiene todas las cosas con el poder de Su Palabra y es heredero de todo, se hizo más pequeño que las estrellas del cielo y los ángeles para sufrir por nosotros y redimirnos, para luego ser coronado de gloria y honor (Heb 1:2-4).

¿Cómo podemos cultivar nuestro asombro ante el Salvador que realizó tal hazaña para rescatarnos?

MEJOR QUE MOISÉS

«El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de Él y clamó: “Este era del que yo decía: ‘El que viene después de mí, es antes de mí, porque era primero que yo’”. Pues de Su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad fueron hechas realidad por medio de Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer» (Juan 1:14-18).

Vivieron en Egipto por 400 años. Allí crecieron, se multiplicaron y terminaron bajo la mano opresora de un rey que parecía la misma serpiente de Edén. Y los israelitas clamaron a Dios por rescate. Dios los escuchó; ellos eran su pueblo. De la mano de Moisés los condujo cruzando el mar Rojo hasta Sinaí. Pero Moisés no era la salvación.

Dios los salvó por su gracia, mediante Moisés. Desde allí les hizo un regalo, la Ley, y les mostró cómo relacionarse con Él, un Dios perfecto y santo. La ley era la manera en que podían mostrar su lealtad a Dios a través de la obediencia, pero ellos se rebelaron. Moisés fue su mediador, un vehículo de la gracia de Dios que apuntaba al día en que la gracia cobraría forma humana. Sin embargo, la desobediencia no escapó a Moisés. Sus ojos tuvieron que mirar desde lejos la Tierra Prometida.

Moisés fue mediador en el pacto de la Ley, el pacto que no pudimos cumplir. Fue un mediador que murió, que también pecó. Un mediador cuya obediencia fue imperfecta. Sin embargo, Cristo es un mejor mediador que Moisés y aun mejor que el sacerdocio que Dios estableció en el Antiguo Testamento para interceder por el pueblo. Jesucristo es el mediador perfecto y eterno, «poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos. Porque convenía que tuviéramos tal Sumo Sacerdote: santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores, y exaltado más allá de los cielos» (Heb 7:25-26).

El Señor reveló su gloria a Moisés y declaró de Sí mismo que era abundante en misericordia y verdad (Éx 34:6). Esa misma frase es evocada por las palabras de Juan en el pasaje que citamos al inicio: la gracia y la verdad, hechas realidad, en Cristo. Con Moisés, Dios hizo un pacto; en Cristo, nos dio la máxima y mejor expresión de su fidelidad al pacto. En el pacto con Moisés, Dios reveló quién era, su carácter. En Cristo, culminó la revelación de Dios. Él es el nuevo pacto (Heb 9:15).

Moisés vivió como siervo, Cristo vivió como Hijo. Moisés se acercó a un monte que lo aterrizzaba, nosotros en Cristo podemos llegar a Sión, la ciudad del Dios vivo (Heb 12:21-24). Moisés fue profeta para ellos, pero les anunció un profeta mayor que ahora tenemos en Cristo (Dt 18:18, Hch 7:37). Moisés fue grande, pero el Verbo encarnado y que vino a nosotros en la primera Navidad es mejor; y en Él, en Cristo, tenemos nuestra esperanza.

PARA QUE ANDEMOS EN EL ESPÍRITU

«Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: enviando a Su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como ofrenda por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que el requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (Romanos 8:1-4).

La realidad del pecado supone al menos dos problemas básicos para los pecadores: estamos condenados y muertos por el pecado. Es decir, a causa de la caída hay una imposibilidad legal y moral que nos impide acercarnos, obedecer y relacionarnos con nuestro Creador. Pero en Romanos, Pablo anuncia que nuestra condición de muerte espiritual y culpabilidad ante Dios ahora es cambiada por aceptación, perdón, libertad, vida y justicia. «No hay condenación para los que están en Cristo» (v.1).

Las demandas de la ley eran imposibles de cumplir por nosotros debido a nuestra debilidad e inclinación hacia el pecado (v. 3). Además, la misma ley que exige obediencia también exige castigo al pecador por desobedecerla. Es debido a esto que Dios envió a Su Hijo para que por medio de su vida, muerte y resurrección, Él cumpliera por nosotros todo lo que se requiere para que seamos perdonados y

recibamos el favor divino. Cristo se hizo hombre por nosotros para castigar el pecado en su carne y así librarnos de su poder.

En el evangelio, el requisito legal y moral para entrar en una correcta relación con Dios es provisto enteramente por Cristo. En Él tenemos el perdón, la justicia y el poder que nos hace libres para que vivamos para el Señor (v. 2). Estamos unidos a Cristo, quién nos comparte su justicia (la que obtuvo por medio de su vida, muerte y resurrección) y también nos comparte su poder (por medio de su Espíritu) para ayudarnos a vivir en obediencia.

Las buenas noticias de salvación nos motivan para una vida de obediencia, pero el evangelio es mucho más que una motivación. La gracia de Cristo provee, sobre todas las cosas, el fundamento y la capacidad para una vida que agrada a Dios. Así que no hay condenación para los redimidos porque Cristo la llevó por nosotros en la cruz, somos libres del pecado por el poder del Espíritu que nos dio nueva vida y, tenemos la justicia de nuestro Señor que es nuestra por la fe. ¡Cuánta abundancia! Tenemos vida nueva, somos libres del pecado y hoy podemos andar en el Espíritu. Cristo vino para asegurar esta realidad y somos alentados al reflexionar en esto durante la Navidad.

UN NIÑO COMO NINGÚN OTRO

«Porque un Niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado,
Y la soberanía reposará sobre Sus hombros.
Y se llamará Su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso,
Padre Eterno, Príncipe de Paz.
El aumento de Su soberanía y de la paz no tendrán fin
Sobre el trono de David y sobre su reino,
Para afianzarlo y sostenerlo con el derecho y la justicia
Desde entonces y para siempre.
El cielo del SEÑOR de los ejércitos hará esto» (Isaías 9:6-7).

Las palabras de Isaías pudieron ser tomadas con escepticismo. El pueblo enfrentaba una invasión potencial por parte de Asiria que les causaba una angustia inmensa. Las autoridades aumentaban la desesperanza al sembrar el caos producto de sus propias maquinaciones y alianzas políticas fallidas.

El pueblo temeroso estaba sumido en teorías de conspiración que causaban más pánico y ninguna solución (8:12). Habían dejado la Palabra fiel y poderosa de Dios para buscar respuestas inciertas en adivinos y espiritistas (8:19-20). En medio de esa realidad angustiante y desesperanzada, Isaías afirma en nombre de Dios: «Pero no habrá más melancolía para los que estaban en angustia» (9:1). Más de uno podría haber pensado que Isaías estaba loco o era un cínico despiadado, pero esto no era un pensamiento positivo del profeta, sino Palabra de Dios.

El mensaje era desafiante porque declaraba que la historia humana no es el fin de la historia. Dios es el Señor de la historia y su final no lo escriben los imperios de este mundo ni sus actores circunstanciales, sino la mano del Rey Todopoderoso. Por eso Isaías señala que, desde los extremos oscuros de las tinieblas y las sombras de muerte, surgirá una luz resplandeciente y una alegría abundante. Un regocijo que no surgirá por ellos, sino por la «presencia» de Dios y la victoria divina absoluta sobre el opresor (9:3-4).

Esta victoria completa tiene una garantía sorprendente. Isaías anuncia la llegada de un «Niño», pero no un humano cualquiera, sino el Mesías, el Redentor prometido, el Dios Soberano hecho hombre. En completa oposición a todos los tiranos destructores y violentos del mundo, Él será «Príncipe de Paz» (9:6). Era extraño el anuncio de un niño-rey cuando se necesitaba un rey maduro que trajera liberación inmediata al pueblo. Pero el Señor tiene control sobre la historia y su plan se cumplirá en su tiempo. Isaías estaba anunciando con anticipación a Jesucristo, quien luego de morir y resucitar por nosotros en el tiempo divino, ya reina, está sentado a la diestra del Padre y gobierna con «el derecho y la justicia Desde entonces y para siempre» (9:7).

Todavía hoy estamos sumidos en melancolía y angustia al enfrentar conspiraciones y enemigos al acecho, pero te animo a que no descanses en tus fuerzas o en los sueños utópicos del mundo pasajero. En cambio, descansa en el «Admirable consejero, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de Paz», quien pagó por tu liberación, ya reina y volverá sin falta por segunda vez.

¿Con quién podrías compartir hoy esta grandiosa promesa de salvación?

LA TRINIDAD EN LA LLEGADA DEL REY

«Pero mientras pensaba en esto, se le apareció en sueños un ángel del Señor, diciéndole: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque el Niño que se ha engendrado en ella es del Espíritu Santo. Y dará a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados”» (Mateo 1:20-21).

He tenido la oportunidad de ver películas donde la trama presenta a un rey ilegítimo malvado que es derrotado sorpresivamente por el hombre humilde de la aldea, que luego es revelado como el rey legítimo.

De una manera infinitamente más grande, Mateo nos muestra cómo el Rey legítimo de todas las cosas es el Cristo encarnado, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. El Evangelio de Mateo inicia con una genealogía que enlaza a Jesús con la dinastía de David y nos muestra cómo Él es el Rey prometido en el pasado (2 Sam 7) que reinará eternamente por la intervención del Dios trino. El Hijo de Dios vino para cumplir la misión de redención impulsada por el Padre y empoderada por el Espíritu Santo.

Es preciso señalar que Mateo no muestra una fábula sobre la llegada mitológica de un rey. Su objetivo es presentar la intervención milagrosa real de un Dios trino a favor de su pueblo que está necesitado de un rescate de la esclavitud del pecado. Mateo nos narra cómo Dios Padre envía un ángel

para comunicarle a José que la criatura que María lleva en su vientre fue engendrada por el Espíritu Santo. Pocos pasajes de la Escritura pueden llevarnos a una adoración tan profunda como ver al Dios trino actuando con tal misericordia por amor a su pueblo, con el propósito de traer a nuestro Rey que nos salvará.

Por consiguiente, cuando vemos la gloria del Hijo de Dios en un pesebre al venir a este mundo para salvarnos, también debemos ver la presentación de la unidad de la Trinidad en el comienzo de una misión de rescate. En esta Navidad, ¿cómo agradecerás a Dios por la obra de cada persona de la Trinidad en tu salvación?

CONOCIENDO A DIOS

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta», le dijo Felipe. Jesús le dijo: «¿Tanto tiempo he estado con ustedes, y todavía no me conoces, Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: ‘Muéstranos al Padre’? ¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo les digo, no las hablo por Mí propia cuenta, sino que el Padre que mora en Mí es el que hace las obras. Créanme que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí; y si no, crean por las obras mismas» (Juan 14:8-11).

A los niños les encanta hacer preguntas. Aunque muchas veces su deseo es conocer cosas nuevas, en ocasiones sus preguntas son sobre cosas de las que ya tienen respuestas. Ellos vuelven a preguntar simplemente porque no prestaron atención o no entendieron lo que se les dijo.

A los discípulos de Jesús les pasó algo similar. Durante su última cena con los discípulos, Jesús compartió con ellos grandes enseñanzas sobre lo que estaba por sucederle y la esperanza que ellos podían tener al creer que Dios mismo estaba con ellos en Él en ese momento y seguiría estando con ellos aun después de su partida (14:7).

En medio de estas verdades, Felipe, uno de los discípulos, hace a Jesús una petición que ya les había sido concedida: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». En otras palabras, «¿puedes por favor mostrarnos a

a Dios?». Esta petición y pregunta reveló que, a pesar del tiempo que los discípulos habían pasado con Jesús, ellos necesitaban conocerlo aún más. Todavía no habían entendido quién era Aquel que estaba delante de ellos.

En el Antiguo Testamento, Moisés hizo esta petición y le fue dada una visión limitada de la gloria de Dios (Éx 33:18). Los discípulos, en cambio, tenían el resplandor mismo de la gloria de Dios caminando entre ellos (2 Co 4:4). Isaías recibió una visión de Dios sentado en un trono alto y sublime y los discípulos tenían a ese mismo Dios lavando sus pies. El Dios eterno e inmortal, Aquel que habita en luz inasequible, se acercó a nosotros en Jesús. Conocer a Jesús es conocer a Dios. Él es la imagen del Dios invisible (Col 1:15).

El Dios hecho hombre, que habitó entre los discípulos, es el mismo que habita en nosotros (Col 1:27) y que se ha revelado en su total esplendor a través de su Palabra para que podamos conocerle tal y como Él es. A través de las Escrituras y su presencia habitando en nosotros, Jesús está en medio nuestro revelándonos al Padre. Él quiere que le conozcamos, porque no hay mayor plenitud que conocerlo íntimamente (Jn 17:3).

¿Cómo podemos buscar que cada área de nuestras vidas sea un reflejo de que Él ha estado en medio nuestro y que genuinamente lo conocemos?

ADVERTENCIAS Y BIENAVENTURANZAS

«Honren al Hijo para que no se enoje y perezcan en el camino,
Pues puede inflamarse de repente Su ira.
¡Cuán bienaventurados son todos los que en Él se refugian!»
(Salmo 2:12).

En el mundo llamado «cristiano» existen continuos esfuerzos por descristianizar la celebración de la Navidad desde hace varias décadas. No es que nunca hayan existido controversias, como las que tienen que ver con la fecha correcta del nacimiento de Jesús o la simbología que se utiliza en esta celebración, sino que la mayoría de estas discusiones sucedían dentro de los límites de una cosmovisión cristiana.

Sin embargo, ahora también tenemos que el mundo busca arrancar a la Navidad de sus orígenes cristianos y darle a la fecha un supuesto sentido más multicultural, más neutral con respecto a las diversas religiones existentes, tanto por motivos comerciales como antirreligiosos. De esa manera, la Navidad se asocia más a la unidad de valores universales y neutrales —como la familia, la bondad y la paz— como logros humanos. El verdadero motivo de la festividad, el Hijo de Dios, ha sido borrado de la celebración. Esto nos deja con una fiesta vacía de su verdadero significado.

Ciertamente, en Navidad celebramos el amor, pero el amor de Dios. Él tomó forma de hombre y vino a nosotros. Por amor se encarnó y se hizo vulnerable y dependiente; se

humilló voluntariamente para venir a salvar a su pueblo. Pero que la tierna imagen del niño en el pesebre no nos engañe: ese niño es Rey y Señor sobre todo, por quien y para quien todo fue creado (Col 1:16).

Este salmo nos presenta al Hijo de Dios con una vara de hierro, reinando con justicia sobre las naciones. Su encarnación en un tierno bebé no disminuye su poderío ni la honra que merece. En este sentido, no debemos dejar que este mundo nos adormezca con su alegría barata. La Navidad ciertamente es una época de alegría y festejo, pero también de solemnidad. El Hijo de Dios vino a este mundo y quienes lo menosprecien dándole la espalda deberán enfrentar su justicia e ira santa. Pero quienes lo reconozcan y honren como se merece, sus escogidos por gracia desde la eternidad y redimidos (Ef 1:4-7), serán bienaventurados bajo su gobierno de amor.

No quitemos a Cristo del centro de la Navidad. Honremos al hijo de Dios, alegrémonos con temblor y busquemos dulce refugio en Él.

EL HIJO OBEDIENTE

«Jesús le respondió: “Permítelo ahora; porque es conveniente que así cumplamos toda justicia”. Entonces Juan consintió. Después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente; y los cielos se abrieron en ese momento y él vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y venía sobre Él. Y se oyó una voz de los cielos que decía: “Este es Mi Hijo amado en quien me he complacido”» (Mateo 3:15-17).

Nuestra generación individualista dice: «vive tu vida y que no te importe lo que digan los demás». Esto es parcialmente cierto. No vivimos primeramente para agradar a las personas, pero nuestras vidas sí deben honrar a Dios y dar buen testimonio a otros acerca de Él.

En el caso de Jesús, el hecho de que su ministerio iniciara con la aprobación pública de su Padre celestial sentó las bases para todo lo que hizo después. Su Padre testifica estar complacido con Él antes de que empezara su ministerio público y completara la obra para la cual se despojó de su lugar en el cielo y asumió la vulnerabilidad humana.

Muchos creyentes nos vemos tentados a encontrar nuestra identidad en el servicio dentro o fuera de la iglesia y nos es necesario recordar dos verdades importantes que podemos meditar a la luz de este pasaje. La primera verdad es que el Padre se complace en Jesús y, por lo tanto, también en nosotros. A quienes hemos sido declarados justos ante

Dios por la fe en Cristo, se nos ha puesto en nuestra cuenta el carácter perfecto de su Hijo (Ro 5:1). Somos aceptados en Él. El Padre nos mira «en Cristo», con el amor, la aceptación y complacencia que declaró tener sobre Él.

La segunda verdad es que el Padre se complace en su Hijo antes de lo que Él hace públicamente. Podemos vernos en la tentación de buscar continuamente la aprobación de Dios basándonos primero en nuestro servicio cristiano. Pero en realidad el servicio cristiano es una consecuencia y expresión de obediencia por amor, es una demostración agradecida de la obra de gracia a nuestro favor, es la expresión de los dones que nos han sido dados. De ninguna manera es la base de su complacencia. Eso nos recuerda, una vez más, que siempre nos quedaremos cortos por nuestros méritos, pero en Cristo somos completamente aceptados.

Si te has dado cuenta de que tu identidad no descansa completamente y únicamente en la vida y obra de Cristo, habla con Dios sobre esto. Arrepíentete y pídele a Dios que puedas encontrar gozo e identidad en esta verdad: porque estás «en Cristo», el Padre ahora tiene complacencia en ti. Descansa en Él durante esta Navidad recordando que Cristo vino para vivir una vida obediente, desde el pesebre hasta la tumba que ahora está vacía, para que a través de Él podamos tener comunión con Dios.

DIOS NO ESTÁ CALLADO

«Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por Su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza, y sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, el Hijo se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, siendo mucho mejor que los ángeles, por cuanto ha heredado un nombre más excelente que ellos» (Hebreos 1:1-4).

Al autor de Hebreos le bastaron solo 109 palabras para presentarnos una de las introducciones más imponentes de todo el Nuevo Testamento: «¡Dios no está callado!»; Él ha hablado mucho, de muchas maneras y desde tiempos inmemoriales. Dios habla como preámbulo a su despliegue creativo desde la primera página de la Biblia y nos dice: «Yo hice la tierra y creé al hombre sobre ella. Yo extendí los cielos con Mis manos, Y di órdenes a todo su ejército» (Is 45:12).

Dios también habla para darnos a conocer su carácter: «Pero Tú, Señor, eres un Dios compasivo y lleno de piedad, Lento para la ira y abundante en misericordia y fidelidad» (Sal 86:15). En su carácter bondadoso también nos habla para darnos a conocer su voluntad para nosotros. Cuando Moisés termina de entregar los mandamientos al pueblo, les dice en nombre de Dios:

«... he puesto ante ti la vida y la muerte... Escoge, pues, la vida para que vivas... amando al Señor tu Dios, escuchando Su voz y allegándote a Él...» (Dt 30:19-20a).

Nuestro Señor Jesucristo es la manifestación más gloriosa de su Palabra. El Señor nos habla hoy a través de su Hijo, el verbo de Dios, de quien Juan nos dice: «Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn 1:3). La grandeza de nuestro Señor Jesucristo es sin parangón.

El autor de Hebreos, inspirado por el Espíritu Santo, no quiere dejar un solo resquicio de duda en cuanto al carácter único de nuestro Redentor y Salvador. El universo fue creado por medio de Él, quien es su único heredero (Col 1:16). Cristo manifiesta la gloria de Dios de forma refulgente y goza de dominio sobre todo a través de su Palabra (Jn 1:14; Col 1:17).

No, Jesucristo no es simplemente un mártir o un profeta destacado. Él es el Hijo Eterno de Dios, la misma esencia y la expresión visible de la naturaleza divina (Jn 1:18). Es el Dios que se hizo hombre y fue a la cruz por ti y por mí. Él se humilló hasta la muerte por su pueblo y ahora ha vuelto a su trono celestial desde donde gobierna el universo, pero las marcas de su amor desplegado en la cruz permanecen en sus manos y pies.

¿Cómo no rendirnos en adoración delante de su presencia en este mismo momento?

EL RETOÑO QUE TRAE JUSTICIA

«Entonces un retoño brotará del tronco de Isaí,
Y un vástago dará fruto de sus raíces.
Y reposará sobre Él el Espíritu del SEÑOR,
Espíritu de sabiduría y de inteligencia,
Espíritu de consejo y de poder,
Espíritu de conocimiento y de temor del SEÑOR.
Él se deleitará en el temor del SEÑOR,
Y no juzgará por lo que vean Sus ojos,
Ni sentenciará por lo que oigan Sus oídos;
Sino que juzgará al pobre con justicia,
Y fallará con equidad por los afligidos de la tierra.
Herirá la tierra con la vara de Su boca,
Y con el soplo de Sus labios matará al impío.
La justicia será ceñidor de Sus lomos,
Y la fidelidad ceñidor de Su cintura» (Isaías 11:1-5).

¿Alguna vez has estado frente a una situación devastadora? Un diagnóstico médico inesperado, un accidente trágico, una crisis económica o una relación rota. Es posible que tú o alguien cercano haya vivido esos momentos donde no vemos una luz de esperanza y todo parece perdido.

El profeta Isaías vivió en una época oscura donde no parecía haber salida para el pueblo de Dios. El reino se había dividido. Israel sería llevado cautivo por Asiria a causa de su pecado, y Judá, que estaba viviendo en idolatría y religiosidad, también sería llevada cautiva por Babilonia (Is 39:6-7). ¡El panorama era completamente desalentador!

Isaías nos presenta una figura que ilustra bien lo que sucedía (11:1). Aquel árbol cortado y seco, donde parecía no haber rastros de vida, representa la promesa que Dios le había hecho a David de levantar a un descendiente suyo, cuyo trono establecería para siempre (2 S 7:12-13). Pero a causa del pecado del pueblo, ese plan divino parecía perdido y, en lugar de un descendiente y un reino eterno, el pueblo sería llevado al exilio.

Es allí, en medio de los escombros, que Isaías nos recuerda la gracia de Dios. En medio de la oscuridad, una luz brilló. De aquel tronco infecundo, Él traería vida (Is 53:2). ¡De la situación más sombría y desesperanzadora, Dios levantó al Rey de reyes y Señor de señores!

Cristo es descrito en este pasaje de una manera impresionante. Isaías nos habla del llamado y la autoridad absoluta que Él tiene para gobernar (v. 2-3). El hecho de que ciña su lomo con la justicia y su cintura con la fidelidad (v. 5), nos habla de su capacidad para juzgar con justicia y equidad, tanto al malvado como al pobre.

Cualquiera que sea la situación que estemos atravesando —a nivel personal, familiar, eclesial o nacional—, no existe un panorama lo suficientemente oscuro y desalentador en donde Dios no pueda obrar su perfecta voluntad y cumplir fielmente sus promesas.

En medio de las adversidades somos tentados a juzgar el obrar de Dios y perder la esperanza. Pero debemos recordar que, a diferencia nuestra, el Señor no juzga por lo que ve o lo que oye (v. 3), sino que obra de acuerdo a su justicia y soberanía. Descansemos en el cuidado del Mesías prometido que ya lo celebramos como presente en esta Navidad.

CÓMO RESPONDER A LA NAVIDAD

«Entonces María dijo:
“Mi alma engrandece al Señor,
Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.
Porque ha mirado la humilde condición de esta su sierva;
Pues desde ahora en adelante todas las generaciones me
tendrán por bienaventurada.
Porque grandes cosas me ha hecho el Poderoso;
Y santo es Su nombre.
Y DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN ES SU MISERICORDIA
PARA LOS QUE LE TEMEN”» (Lucas 1:46-50).

La mayoría de las personas esperan con alegría las fechas navideñas por diferentes razones. Para algunos representan momentos donde creamos recuerdos con personas a las que amamos. Sin embargo, la Navidad es más que buenos recuerdos personales. El significado más profundo de la Navidad, con la venida de Jesucristo al mundo, es una manifestación de la gloria de Dios en Cristo que nos lleva a la adoración.

Mi familia tiene la tradición de decorar de Navidad nuestro hogar mientras disfrutamos de un chocolate caliente, galletas deliciosas hechas por mi esposa y cánticos que nos recuerdan al Salvador que nació. Hacemos esto porque deseamos ser intencionales en ayudar a nuestros hijos a ver que la Navidad es una oportunidad para unirnos con una misma misión en mente: adorar a Cristo.

Un ejemplo de cómo responder correctamente a la Navidad es el cántico asombroso de María que leemos en el contexto del relato del nacimiento de Jesús. Ella se asombró de la gracia del Señor al escogerla para ser la madre del Salvador, ya que ella misma necesitaba de ese Salvador. La gracia de la salvación que María recibió, es la misma que todos los creyentes disfrutamos hoy porque, a pesar de estar separados de Dios y muertos espiritualmente, fuimos escogidos por Dios para ser salvados por Cristo (Ef 1:6). Por lo tanto, podemos unirnos al asombro de María causado por nuestro Dios poderoso, Santo y cuya misericordia es eterna (1:49-50).

¿Qué tal si este año oramos para que Dios nos dé un mayor asombro por el glorioso nacimiento de Cristo? Si queremos cultivar asombro durante la Navidad, seamos intencionales en lo que hacemos como familia para que tengamos una mayor visión del significado de esta celebración. Deleitemonos en Dios y en su gracia que nos lleva a engrandecerlo con nuestras almas.

LA EXALTACIÓN DE LOS HUMILDES

«Ha hecho proezas con Su brazo;
Ha esparcido a los soberbios en el pensamiento de sus
corazones.
Ha quitado a los poderosos de sus tronos;
Y ha exaltado a los humildes;
A LOS HAMBRIENTOS HA COLMADO DE BIENES
Y ha despedido a los ricos con las manos vacías.
Ha ayudado a Israel, Su siervo,
Para recuerdo de Su misericordia
Tal como dijo a nuestros padres,
A Abraham y a su descendencia para siempre» (Lucas 1:51-55).

Uno de los temas más importantes para Lucas en el relato de la Navidad es cómo Dios pone al mundo de cabeza por la forma en que Él decidió traernos salvación. Vemos este énfasis en el canto de María, una alabanza poética llena de gratitud y gozo por la encarnación.

Si somos redimidos por el Hijo de Dios hecho hombre —quien se humilló y asumió la pobreza para salvarnos—, entonces la riqueza y el poder en este mundo, aunque pueden ser regalos de Dios, no son cosas tan valiosas como parecen serlo. Quienes en su orgullo idolatran el estatus y los bienes, aquellos que se sienten superiores por poseer tales cosas que no pueden salvar, son humillados por el evangelio y mostrados tan débiles como realmente son.

Por otro lado, la humildad y pobreza queda irónicamente revestida de valor al ser el ropaje con que el hijo de Dios vino a nosotros, el contexto en donde Él muestra más su gloria y también testifica de la atención de Dios hacia los pobres y débiles. ¡Él se hizo uno de ellos! Así que el evangelio confronta a los soberbios, quienes en realidad son pobres pues no pueden salvarse a sí mismos, mientras al mismo tiempo exalta a los humildes y pobres que pertenecen por gracia al pueblo de Dios.

En otras palabras, que Dios decidiera encarnarse y nacer como el bebé de una virgen pobre en una ciudad sin importancia, cumpliendo sus promesas a una nación pequeña y conquistada y sin influencia global, revoluciona nuestra visión de la realidad. Nos muestra cómo nuestra era actual, donde reina el orgullo humano y su superficialidad, empieza a desvanecerse ante el sistema de valores del reino de Dios: un reino en donde no son bienaventurados los que se creen poderosos, autosuficientes y ricos, sino los que se reconocen pobres, los hambrientos, los que lloran y los que son perseguidos por causa del evangelio (Lc 6:20-23; cp. 4:43).

Si creemos en el Salvador que se humilló para hacernos bienaventurados conforme a sus promesas, lo que reflexionamos aquí debe reflejarse en cómo vemos la vida en este mundo.

¿Cómo serían nuestras vidas si dejamos que el significado bíblico de la Navidad invierta la forma en que entendemos la riqueza y la pobreza, el poder y la debilidad, la grandeza y la pequeñez, el orgullo y la humildad?

SACERDOTE PARA SIEMPRE

«El SEÑOR ha jurado y no se retractará:
“Tú eres sacerdote para siempre
Según el orden de Melquisedec”» (Salmo 110:4).

El autor de este salmo ofrece un anticipo del oficio sacerdotal que ejercería nuestro Señor como parte de su misión redentora. Este oficio consiste en presentarse ante Dios para interceder por su pueblo. Por eso el autor de Hebreos cita este salmo para hablar del sacerdocio de Cristo (Heb 7:1-28).

La figura de Melquisedec, un sacerdote en los días de Abraham, de quién nada se sabe sobre su nacimiento ni muerte, es usada para ilustrar el carácter inmortal de nuestro Señor. Por otro lado, el sacerdocio según el orden de Melquisedec es puesto en contraste con el de Aarón en tiempos del Antiguo Testamento.

El sacerdocio de Aarón fue temporal, pues todos los sacerdotes de su linaje debían ser reemplazados al morir. Los sacerdotes descendientes de Aarón no podían ejercer sus funciones permanentemente por razones cronológicas. Pero Cristo, al no estar sujeto a la muerte porque ella no lo pudo retener, puede continuar su oficio y presentarse ante Dios sin interrupciones a favor de nosotros. De ahí la expresión: «Tú eres sacerdote para siempre».

Nuestras mejores obras están manchadas por el pecado. Nuestra vida, servicio y obediencia no pueden llegar al cielo sin antes ser purificadas, porque todas estas cosas están contaminadas por actitudes pecaminosas de nuestro corazón. Entonces, la naturaleza de la intercesión de Cristo tiene que ver con presentar los méritos, la suficiencia y la vigencia de su sacrificio a nuestro favor. Su sangre nos limpia del pecado. Toda nuestra vida, incluyendo nuestra obediencia, servicio y adoración, son tomadas por el Señor, purificadas por su sacrificio y ofrecidas ante el trono de Dios. En otras palabras, su intercesión logra que nuestra vida sea una ofrenda aceptable a Dios (1 P 2:5).

Esto es lo que siempre hace nuestro Sumo Sacerdote: interceder por nosotros, purificar nuestras vidas y presentarlas como ofrenda grata ante Dios. ¡Qué alentador es saber todo esto! ¡Qué esperanza es para nosotros tener un sacerdote que vive perpetuamente para interceder por nosotros! El sacrificio de Jesús sigue siendo fuente de misericordia para su pueblo. Por eso podemos ofrecer nuestro servicio y obediencia a Dios con libertad y con la confianza de que el cielo las recibe. Esto es parte del propósito de la venida del Señor.

LIBERTAD EN JESÚS

«Así que, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, también Jesús participó de lo mismo, para anular mediante la muerte el poder de aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo, y librar a los que por el temor a la muerte, estaban sujetos a esclavitud durante toda la vida» (Hebreos 2:14-15).

«Libertad» es una palabra cuya connotación ha cambiado en nuestros días, pues la libertad que nuestra generación anhela suena más a anarquía. Nos hemos convencido de que la libertad es simplemente hacer todo lo que queramos. Esta visión revela ser corta de vista, pues se enfoca en el corto plazo: libertad para hacer lo que quiero *ahora*.

Sin embargo, la definición bíblica de la libertad tiene una connotación más permanente y profunda: Cristo nos libertó del poder del pecado. Él vino para eso en la primera Navidad. Por su vida perfecta, muerte y resurrección, nos declaró libres de culpa, porque éramos culpables de hacer lo que queríamos en desobediencia al Señor. Pero ahora, por su Espíritu Santo, somos verdaderamente libres para decir no al pecado, para amar a Dios, para amar a otros y para caminar creciendo en santidad y en el conocimiento de Dios.

Aún más, somos libres con la esperanza de una libertad completa de la presencia del pecado que será consumada en el futuro, gracias a que lo que más tememos —la muerte— fue vencida de una vez y para siempre por Cristo.

Esto nos despierta cada día a una esperanza de que lo peor que podría pasarnos en este lado de la eternidad, la muerte, será solo el inicio a una nueva vida.

¿Has visto una escena común en muchas películas, en donde alguien es atacado y la persona, con gran habilidad, despoja al atacante de su arma y lo apunta de regreso? Cristo usó la peor arma contra la humanidad, la muerte, para vencer a nuestro atacante y mayor opositor con esa misma arma. Jesús, quien es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, mediante su muerte en la cruz derrotó al diablo y a la misma muerte a la que estábamos todos condenados.

La Biblia está llena de ironías y esta es significativa. Mediante la muerte de Jesús, tenemos libertad para vivir. Esta vida abundante nos es prometida, no solo para cuando lleguemos al cielo, sino también desde que somos unidos a Cristo. En su encarnación, Cristo participó de nuestra humanidad, para que en su muerte y resurrección nosotros muriéramos al pecado y resucitáramos en vida y libertad.

En esta Navidad, medita: ¿vives conforme lo que ya es una realidad por Cristo y en Cristo? Toma unos minutos para orar sobre esto. Que esta no sea solo una verdad intelectual, sino una realidad que experimentes cada día de tu vida, permaneciendo y deleitándote en el Cristo resucitado, por cuya vida ahora gozas de vida eterna.

«HE VENIDO PARA CUMPLIR»

«No piensen que he venido para poner fin a la ley o a los profetas; no he venido para poner fin, sino para cumplir. Porque en verdad les digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, no se perderá ni la letra más pequeña ni una tilde de la ley hasta que toda se cumpla» (Mateo 5:17-18).

Cuando una misión militar es ejecutada, cada uno de sus aspectos tiene que ser considerado para que se pueda completar a cabalidad. El descuido u olvido de una de las partes puede resultar en el completo fracaso de la misión, lo que quiere decir que cada aspecto logístico, táctico y operacional de la misma es vital.

El Rey Jesús vino para salvarnos y su misión de rescate requería que Él cumpliera perfectamente la ley de Dios para que su obediencia se nos contara a nosotros por justicia (Ro 5:19). Esta es una parte de su misión que muchos creyentes no apreciamos. Le damos énfasis a su muerte y resurrección, pero olvidamos este aspecto de su obra por nosotros. Sin la obediencia plena de Cristo a todos los estatutos de la ley, la misión habría fracasado. Adán fracasó en el Edén en su intento de obedecer a Dios, por lo que la obediencia perfecta de Jesús logró lo que nosotros no podíamos lograr por nosotros mismos.

Sin una obediencia que nos haga justos, nadie puede ser aceptado por Dios. En otras palabras, no sino que necesitamos someternos en obediencia a Dios.

El problema es que, por nuestro pecado, nadie tiene la capacidad de obedecer perfectamente a Dios y todos somos merecedores de condenación (Ro 1-3). Pero los creyentes damos gloria a Dios por Cristo, quien cumplió toda la ley y ahora por medio de la fe en Él somos justificados (Ro 5:1). Sin su completa obediencia, no podríamos ser declarados justos y, por lo tanto, no podríamos ser rescatados.

Así que, cuando veas una escena de Navidad, no pienses solo en el glorioso momento en el que Jesucristo se hizo hombre. Piensa también en el camino de obediencia que se completó en la cruz y se confirmó por la resurrección. Si Cristo no hubiera cumplido la ley en nuestro lugar, Él estaría todavía en la tumba y nosotros sin esperanza. Como dijo el teólogo John Gresham Machen en su lecho de muerte: «Estoy agradecido por la obediencia activa de Cristo, no hay esperanza sin ella». Cristo completó toda la misión y, por lo tanto, tenemos esta gloriosa esperanza de ser justificados delante de Dios.

¿Cómo puedes agradecer a Dios al comprender que Jesucristo completó tu salvación por su absoluta obediencia a la ley?

EL FINAL DE LA SEPARACIÓN

«La mano del SEÑOR no se ha acortado para salvar;
Ni Su oído se ha endurecido para oír.
Pero las iniquidades de ustedes han hecho separación entre
ustedes y su Dios,
Y los pecados le han hecho esconder Su rostro para no
escucharlos» (Isaías 59:1-2).

Harold Kushner, un prominente rabino y autor americano, escribió un libro titulado: *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*. Este éxito de ventas del *New York Times* vendió más de cuatro millones de copias y aborda una de las preguntas más comunes de la humanidad: si Dios es bueno y amoroso, ¿por qué permite el sufrimiento? En resumen, la respuesta de Kushner es que aunque Dios es benevolente, no es todopoderoso para prevenir la maldad.

Isaías aborda un razonamiento similar del pueblo judío. El pueblo de Dios estaba enfrentando pruebas y, por más que oraban, parecía que el Señor no respondía. Así que concluyeron que su mano se había debilitado o quizás su oído se había ensordecido (v. 1). Por eso Dios no tenía la capacidad para responderles.

Sin embargo, Isaías señala con claridad la raíz del problema. No es que Dios sea débil, incapaz o no esté interesado en los problemas de su pueblo, sino que el pecado había hecho una separación entre ellos y Dios (v. 2).

El problema era que el pueblo oraba y ayunaba, pero al mismo tiempo vivía en pecado: oprimiendo a los trabajadores, en medio de riñas y pleitos, hablando mentira y derramando sangre inocente (58:3-4; 59:3-15).

El pecado nos separa de la comunión con Dios (1 Jn 2:4; 1:6). La luz y la oscuridad no pueden coexistir. No podemos pretender que Dios oiga nuestras oraciones y vea nuestro ayuno para suplicarle que haga lo que nosotros le pedimos, cuando sabemos que andamos en pecado (Is 59:12; 1 P 3:7). ¿Eso quiere decir que un pecador no puede orar a Dios? ¡Todo lo contrario! Dios nos llama a apartarnos del pecado y acercarnos a Él (Is 55:7). Pero no atenderá la oración de un pueblo que, estando consciente de sus pecados, pretende acercarse al Dios Santo para pedir cualquier otra cosa antes que su perdón.

La buena noticia es que esta separación llega a su fin gracias a la obra de Cristo. Cuando Jesús fue a la cruz, llevó sobre su cuerpo nuestros pecados y allí el rostro de Dios se escondió de Él (1 P 2:24; Mt 27:46). ¡Pero no fue para siempre! El Señor se levantó victorioso. Su brazo, aquel que decían que era débil, trajo salvación (Is 59:16). La promesa de redención y perdón se cumplió en Jesucristo, y está disponible para todos los que lo buscan de corazón.

SIERVO PARA SU GLORIA

«Haya, pues, en ustedes esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló Él mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:5-8).

En la película *El camino hacia el Dorado*, el sacerdote pagano Tzekel-Kan se da cuenta de la farsa de los supuestos dioses Tulio y Miguel, al ver que la ceja de uno de ellos está sangrando después de un juego de pelota particularmente intenso. Tzekel-Kan explica a su aterrado siervo: «¿Sabes por qué los dioses exigen sangre? Porque los dioses no sangran»

Es claro que los dioses de Tzekel-Kan no tienen relación alguna con el Dios verdadero.

Desafortunadamente, muchos de nosotros tenemos una visión de Dios tan distorsionada como la de este sacerdote ficticio. El dios de nuestra imaginación es un dios lejano y colérico, listo para señalar cada una de nuestras faltas y acusarnos por nuestro pecado. Un dios que no está satisfecho en sí mismo, sino que vive sediento de nuestra sangre.

Pero la Escritura nos presenta a un Dios distinto. Un Dios que rompe con todo esquema y expectativa humana.

Un Dios santo, sin duda, pero cuya santidad no lo lleva a alejarse con rabia sino a acercarse con ternura, de la forma más increíble posible: tomando forma humana y entregándose hasta la muerte por los pecados de su pueblo.

El Dios de la Biblia, lejos de exigir como si algo le hiciera falta, se desbordó en amor por su creación y vino al mundo para restaurarla. Jesús nos mostró que los sacrificios del Antiguo Testamento solo eran una sombra del sacrificio perfecto que acabaría con el poder del pecado para siempre. Jesús se humilló hasta morir para que nosotros no tuviéramos que morir eternamente.

¿Cómo puede un Dios infinitamente glorioso humillarse y sufrir? No hay palabras para expresar el amor sublime de aquel que «no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse». No hay palabras para expresar la majestad eterna de aquel que lavó los pies de aquellos a quienes conoció desde antes de la fundación del mundo.

Si el Rey eterno se humilló y sirvió a su pueblo, ¿cómo no lo haremos nosotros? Vivamos con alegría en obediencia a Dios, «puestos los ojos en Jesús [...] quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz» (Heb 12:2).

Tzekel-Kan miró la herida de un hombre y dijo: «Él no puede ser un dios». Nosotros miramos las heridas de Cristo en la cruz y clamamos: «¿Qué dios es como nuestro Dios?». ¡Sirvamos a Él con humildad y gozo!

EN EL TIEMPO PERFECTO

«Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, a fin de que redimiera a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos» (Gálatas 4:4-5).

En su carta a los gálatas, Pablo confrontó a sus lectores, pues varios de ellos habían tergiversado el evangelio haciéndole creer a los demás que era necesario llevar a cabo ciertas prácticas religiosas para poder gozar del favor de Dios. Pablo les respondió con firmeza y les enseñó que el evangelio de Cristo es suficiente para nuestra salvación.

¿Cómo es que ese tierno bebé, envuelto en pañales y nacido en Belén, sería suficiente? Tal vez has pensado que has sido una mala persona o que has tomado las peores decisiones y, aunque has pedido perdón, crees que no será suficiente. Ahora vives cargando un peso como castigo por esas cosas que no hiciste bien.

El texto de nuestra reflexión empieza con una palabra simple y poderosa a la vez: «Pero». En los versículos anteriores, Pablo está trayendo a la memoria de los gálatas lo que ellos eran antes: esclavos de la ley. «Pero» llegó el tiempo establecido por Dios para la llegada de Jesús, nacido de mujer y nacido bajo la ley. Sí, el redentor nació en carne y hueso tal como todos nosotros y también nació «bajo la ley», es decir, que debía estar sujeto a la ley. Sin embargo, aunque

todos nacemos bajo la ley, Cristo es el único con la capacidad de cumplirla por completo.

Dios envió a su hijo en el tiempo perfecto, no solo para perdonar nuestros pecados y redimirnos, sino también para hacernos sus hijos. ¿Te das cuenta? Cristo no solo nos redime de la maldición de la muerte que merecíamos por el pecado, sino que también nos hace parte de la bendición que Él merece: ahora somos redimidos y somos hijos de Dios. ¡Él es suficiente!

¿Habría algo que los gálatas pudieran haber hecho para obtener todos estos beneficios? ¡Nada! Nuestro mayor tesoro no es algo que podamos ganar mediante ningún logro o una buena conducta. Nuestro mayor tesoro es el regalo precioso de Cristo. ¡Un regalo inmerecido! Aquel bebé que aparentemente nadie esperaba fue el que hizo que la verdadera espera por nuestra redención terminara en el tiempo perfecto.

ADORADO POR GENTILES

«Después de nacer Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos sabios del oriente llegaron a Jerusalén, preguntando: “¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos Su estrella en el oriente y lo hemos venido a adorar”» (Mateo 2:1-2).

Un viaje largo, nada de comodidad, pero con deseos de encontrar al Rey. No tenemos mucha información sobre la identidad de estos sabios. En la época en que nació Jesús ese título de «sabios» o «magos» aplicaba a cualquiera que se dedicara a la astrología, la interpretación de sueños, el estudio de escritos sagrados o la magia.

Ya que muchos judíos del exilio vivían en oriente, es posible que estos sabios estuvieran familiarizados con profecías bíblicas como esta: «Una estrella saldrá de Jacob, y un cetro se levantará de Israel» (Nm 24:17). Todo parece indicar que el movimiento que los sabios vieron en los cielos fue tan extraordinario que motivó el viaje.

Sin embargo, el pueblo que esperaba al Mesías no tuvo el mismo entusiasmo. Lo negaron, lo ignoraron y, al final, lo mataron. No le dieron adoración. Perdieron la oportunidad de participar de esa forma en el acontecimiento más grande de la historia: el Dios encarnado vino a buscar lo que se había perdido (Lc 19:10). Su venida no era solo para ellos, sino para nosotros también, gentiles (es decir, no israelitas) como los sabios de oriente.

Ellos decidieron emprender una larga travesía con un objetivo: adorar al Rey. Estos viajeros no buscaban al Rey para corroborar una teoría astrológica... ¡lo buscaban para rendirle adoración! Es muy probable que ellos no entendieran todo lo que Jesús significaba y cómo cambiaría al mundo; sin embargo, su actitud era un anuncio de lo que un día ocurrirá. El Rey que nació en Belén, sin pompa ni atavíos reales, será adorado por gente de toda lengua y nación (Ap 7:9-10).

Cuando cada año llega la Navidad, tal vez sin darnos cuenta, nos encontramos en la misma situación: podemos actuar no como los sabios, sino como los contemporáneos del tiempo de Jesús. Entre el ajetreo, los compromisos y celebraciones, lo perdemos de vista. A diferencia de los sabios, nos embarcamos en otras travesías que, en lugar de acercarnos a Belén, nos alejan. En lugar de corazón de adoradores para Dios, tenemos corazones distraídos que olvidan que la Navidad se trata de adorar al Rey que nació, murió, resucitó y regresará en toda Su gloria.

¿Cómo puedes procurar adorar más al Señor con tu vida e invitar a otras personas a hacer lo mismo?

CÁNTICO CELESTIAL

«De repente apareció con el ángel una multitud de los ejércitos celestiales, alabando a Dios y diciendo: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres en quienes Él se complace”» (Lucas 2:13-14).

En la antigüedad y hasta décadas recientes, la llegada de un rey o una reina que visita otro país o llega a su palacio era considerado un evento significativo. Era una ceremonia muy importante con cánticos, decoraciones de gala y multitudes esperando con expectativa desde lejos para ver al rey o la reina. Sin embargo, por más importante que sea toda entrada real en esta tierra, ninguna de ellas se compara al anuncio de aquella noche cuando nació el Rey del universo.

Las palabras citadas arriba son el cántico de una multitud de los ejércitos celestiales alabando a Dios por el nacimiento del Rey. Es el cántico que tanto el cielo como la tierra esperaban con tanto anhelo porque por fin llegó el Rey Mesías prometido. En la Biblia encontramos la obra escrita por Dios que poco a poco fue revelándose en sus páginas hasta que en ese momento, por fin, se abrieron las cortinas que guardaban el gran misterio: Cristo el Rey tomó forma de hombre, siendo completamente Dios, para traernos salvación.

¿Qué cantan estas multitudes de los ejércitos celestiales? Un cántico que da gloria a Dios porque Él ha traído paz a los seres humanos.

¿A quiénes exactamente se les ha dado esta paz? En quienes Él se complace. Esto quiere decir que la paz que Dios nos da es una obra de gracia, porque Él mismo nos da la paz dándonos a su Hijo.

Esta paz es la que disfrutamos con Dios, ya que hemos sido perdonados en Cristo al arrepentirnos de nuestros pecados. Su complacencia en nosotros hace que no nos quedemos como enemigos o simples curiosos que observan al Rey desde la distancia, sino que ahora nos unimos al cántico de la llegada del Rey, siendo nosotros sus hijos e hijas. Por lo tanto, oremos para que Dios nos permita entender y cantar también que el Rey vino por nosotros porque Él Padre le plació darnos salvación en Cristo. ¡Gloriosa gracia del Rey!

VIDA EN ABUNDANCIA

«El ladrón solo viene para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

Jesús se identifica como Aquel a quien pertenecen las ovejas de Dios, en el contexto de este versículo. También nos muestra cómo Él es el pastor verdadero y bueno, el cual entra por la puerta del redil de las ovejas. Jesús llama a las ovejas por su nombre; las conoce bien, va delante de ellas y es reconocido y seguido por las ovejas (Jn 10:3-5, 14).

El Buen Pastor también es el único que da su vida por sus ovejas vulnerables e indefensas para protegerlas y librarlas del peligro (v. 11). Es con esto en mente que Jesús nos dice que Él vino para que tengamos vida en abundancia, lo cual debe llevarnos a reflexionar: «¿Está mi vida siendo pastoreada por el Buen Pastor?». La respuesta correcta que podemos ofrecerle al pastor Jesús es tener una vida de sumisión y dependencia total ante Él.

Sin embargo, muchas veces entendemos la «vida abundante» como una vida simplemente larga sobre la tierra o una que es fácil y cómoda en el mundo. También solemos pensar que tener vida abundante se trata de satisfacer nuestros propios deseos egoístas. Pero, en realidad, la vida abundante que Jesús ofrece es una de satisfacción y contentamiento pleno en Él. Jesús vino a dar su vida por sus ovejas en la cruz, muriendo y resucitando por los suyos.

¡El gozo que experimentamos por esta verdad es eterno! Por lo tanto, no tenemos que malgastar el tiempo buscando «abundancia» falsa y pasajera en otro lado.

En esta Navidad, recuerda: ¿qué es la venida de Cristo, sino esto: «He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia»? La vida abundante no es solo tener cosas. Es tener paz. Es tener gozo eterno. Es tener a Cristo (Jn 3:16). Él es el Buen Pastor que vino a derramar abundante sangre, por los abundantes pecados de sus ovejas, para darnos abundante vida en Él.

¿Estás buscando en otro lugar lo que ya se te ha dado en Jesús?

AMANDO SU VENIDA

«En el futuro me está reservada la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me entregará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman Su venida» (2 Timoteo 4:8).

¿Hasta cuándo se corromperá la tierra? ¿Hasta cuándo prevalecerá el malvado? ¿Hasta cuándo lloraremos, sufriremos y enfermaremos? ¿Cuándo serán consolados completamente los que lloran y serán saciados totalmente los hambrientos de justicia?

Milenios atrás, los cautivos de Israel escucharon la promesa de que el Hijo del Hombre recibiría un dominio eterno que nunca pasará y establecerá un reino que no será destruido (Dn 7:13-14). Esta es la respuesta de Dios para la rebelión humana y el dolor que hay en este mundo. El reino de Dios restauraría la creación.

La esperanza de los creyentes descansaba sobre esta promesa. Algún día llegaría el Rey y destruiría toda maldad. Cada día de escasez, opresión, enfermedad y soledad los hacía clamar: ¡Venga tu reino, Señor, envía a tu Ungido!

El evangelio nos muestra que este Rey ya vino para inaugurar su reino, para que podamos arrepentirnos de nuestros pecados, ser salvos y así no perecer cuando este reino sea consumado en el futuro y todos los reinos del mundo desaparezcan.

Ahora amamos el segundo Adviento del Rey y esperamos ese día en donde recibiremos por completo la recompensa que Él tiene para nosotros por pura gracia. Hoy necesitamos recuperar la centralidad de esta confianza. Nuestras aspiraciones de plenitud deben orientarse a la consumación del reino de Dios.

No podemos descansar en manos de gobernantes, *influencers*, naciones, empresas, leyes y relaciones caídas. ¡Nos dejarán caer! Incluso seremos perseguidos por familiares que desconocen al Señor. Nuestra esperanza no puede reposar completamente en todas esas cosas. Solo la llegada de lo perfecto, santo, fiel, de un nuevo orden justo, puede satisfacernos.

Se acerca ese momento, el final del dolor, la plenitud verdadera. Una nueva familia, una nueva creación, un nuevo cuerpo, y la libertad de tentación llegarán con el Reino de los cielos. Encontraremos el mundo perfecto, reposaremos para siempre.

¿Hasta cuándo padeceremos? Hasta la segunda venida de Jesús. Por lo tanto, no desmayes en tu caminar con el Señor. Aún falta un poco de tiempo. Cuando pienses que no puedes seguir, que tus fuerzas se acaban, que pierdes la esperanza, recuerda: Dios renueva nuestras fuerzas. Él nos infundirá aliento y nos sostendrá hasta el día de su reino. Se acerca nuestra redención, se acerca nuestra libertad. Mientras tanto, únete a los santos de cada época y pide por la llegada de tu consuelo: «Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo» (Mt 6:10).

El Salvador que durmió en un pesebre volverá pronto en gloria y majestad para consumir nuestra esperanza. ¿Descansas en el retorno de Jesucristo?

ÍNDICE DE AUTORES

Ávila, Ana.....	Día 3, 20.
Barrios, Josué.....	Día 4, 15.
Bello, Wendy.....	Día 5, 22.
Galeano, Michel.....	Día 14, 23.
Johansson, Flavia.....	Día 24.
Martínez, Jeanine.....	Día 11, 17.
Mendoza, José «Pepe».....	Día 7, 12.
Mercado, José.....	Día 8, 18.
Morey, Gerson.....	Día 6, 16.
Namnún, Patricia.....	Día 9.
Osteicoechea, Eduardo.....	Día 1, 25.
Peletay, Matías.....	Día 2, 10.
Rossi, Carol.....	Día 21.
Rossi, Fabio.....	Día 13, 19.

Conoce sobre nuestros autores visitando nuestro sitio web:
coalicionporelevangelio.org

Acompáñanos por un viaje de veinticinco días de reflexión que nos lleve a través de algunos de los pasajes bíblicos más significativos sobre el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y lo que Él vino para realizar.



El Adviento es una época para recordar el amor de Dios, un amor que corazones distraídos como los nuestros tienden a olvidar con facilidad. Este es un amor que nos llena de consuelo, paz y esperanza cuando hemos fallado o cuando estamos en medio del dolor. Un amor que también nos lleva a darle toda la gloria a Dios en nuestros momentos de alegría, y a compartir de su gracia con un mundo que la necesita desesperadamente.

Estas reflexiones para celebrar el Adviento, basadas en la Biblia e ideales para leer en compañía de tus familiares y amigos, te ayudarán a atesorar mejor el verdadero significado de la Navidad y responder en adoración a la gracia de Dios mostrada en la venida de Jesús.



Coalición por el Evangelio ayuda a la iglesia a conocer la Palabra de Dios con la mente, amar a Dios con el corazón, y proclamar la gracia y la verdad del evangelio de Jesús.